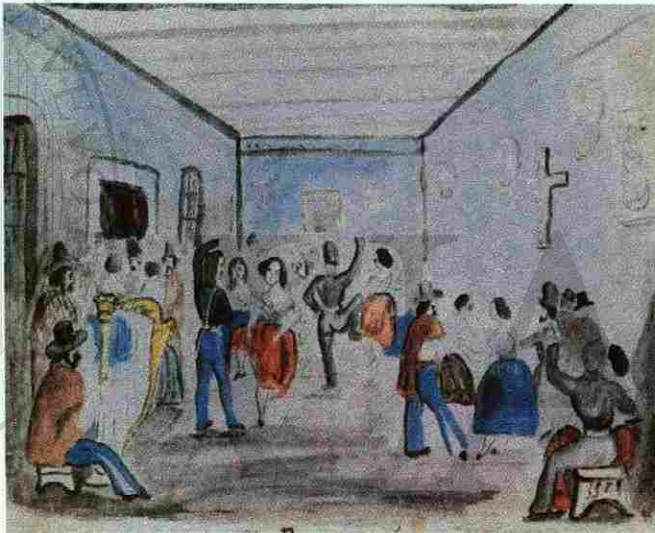


# LA CONFESIÓN DE SAMUEL

## E. CHAMBERLAIN

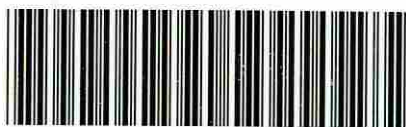


Raúl Martínez Salazar

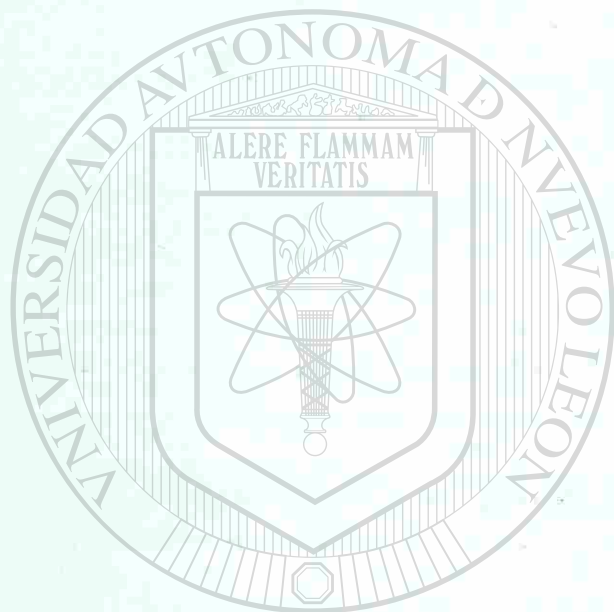
Serie: Los Comanches...20

E4 11  
.C4 5  
2001

E411  
.C45  
2001

E411  
.C45  
2001

1020154192



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN**  
**Secretaría de Extensión y Cultura**  
**Centro de Información de Historia Regional**  
**La Confesión de Samuel E. Chamberlain**  
**De: Raúl Martínez Salazar.**



**FONDO  
 UNIVERSITARIO**

## LA CONFESIÓN DE SAMUEL E. CHAMBERLAIN

Durante la guerra que nuestro país sostuvo contra los Estados Unidos de 1846 a 1848, gran parte del territorio nacional se convirtió en tierra de nadie, ya que el gobierno civil se mostró incapaz para hacer respetar las leyes a causa de la presencia del ejército invasor. La ciudad de Monterrey no fue ajena a estas circunstancias. Aquí el romance, la aventura, y la crueldad entretejieron la trágica cotidianidad en la cual se encontraban involucrados tanto la población de Monterrey y sus alrededores, como los soldados estadounidenses. Esto consta en *My Confession*, obra basada en las memorias del soldado raso Samuel Emery Chamberlain, personaje principal de su narrativa.<sup>1</sup>

Samuel E. Chamberlain nació el 27 de noviembre de 1829 en Center Harbor, New Hampshire, Estados Unidos. Siendo aún un adolescente de 16 años pero influido ya por la efervescencia

<sup>1</sup> Chamberlain, Samuel E. *My confession*. New York: Harper & Brothers, 1956. Magníficos relatos sobre los primeros ocho meses de la ocupación de la ciudad de Monterrey se pueden encontrar en: Giddings, Luther. *Sketches of the Campaign in northern Mexico in eighteen hundred forty six and seven*, by an officer of the First Regiment of Ohio Volunteers. New York: George P. Putnam & Co., 1853; Henry, William Seaton. *Campaign Sketches of the War with Mexico*. New York: Harper, 1847; y Thorpe, Thomas Bangs. *Our Army at Monterrey*. Philadelphia, Pa: Carey & Hart, 1847.

bélica que prevalecía en su país, decidió acudir al centro de reclutamiento ubicado en San Antonio de Bejar, en donde el 8 de septiembre de 1846 se alistó por cinco años en el Primer Regimiento de los Dragones de los Estados Unidos. El 25 del mismo mes, su regimiento se integró a las tropas del brigadier general John Ellis Wool, quien saldría en campaña por el noreste de México y que a finales de septiembre de 1847 relevaría al Gral. Zachary Taylor como comandante en jefe del Ejército de Ocupación en Monterrey. Durante esta expedición, Chamberlain vivió insólitas aventuras que narra a través de los 42 capítulos que conforman su obra. En los capítulos relativos a Monterrey, relata las vicisitudes del soldado común acampado en el Bosque de Santo Domingo y describe la férrea disciplina militar a la que eran sujetos, aunque menciona también que gozaban de mucho tiempo de ocio, ya que las principales actividades del soldado se reducían a tratar de controlar las pocas guerrillas organizadas en su contra. Fuera de esto, el juego, el alcohol y los burdeles ocupaban buena parte de su tiempo.

Su evocación de Monterrey inicia en el capítulo XXVII: *Una noche en casa de las Victorine.*

La taberna llamada El Valer pertenecía a dos hermanas: Ramona y Pascuala Victorine, se encontraba ubicada en San Nicolás a unos 2 kilómetros del campamento y era uno de los sitios más visitados por soldados y oficiales, hecho que llegó a provocar cierta rivalidad entre unos y otros de tal manera que

los oficiales intentaron prohibir que los soldados visitaran este sitio, pero Chamberlain asegura que finalmente fueron ellos quienes, mediante amenazas, lograron impedirles el acceso a sus superiores. De esta taberna -señala- un cliente frecuente fue Martín Martínez, un sacerdote y guerrillero, que vestido con el pintoresco traje de rancharo rico, solía entrar despreocupadamente al salón e invitaba a los soldados estadounidenses vino, pulque y mezcal, además de bailar y coquetear con las mujeres. "Entre este típico padre mexicano y yo brotó un fuerte sentimiento de amistad, que más de una vez me fue de gran utilidad".<sup>2</sup> También describe un incidente en el cual es amenazado de muerte por un grupo de guerrilleros encabezado por un viejo tuerto. Aquí para fortuna de él, que se encontraba sin sus camaradas, intervino el Padre Martínez con la condición de que se enfrentara de hombre a hombre con el Tuerto. El combate, presenciado por los bandidos y todas las mujeres que se encontraban en la taberna, es descrito con mucho dramatismo por Chamberlain, quien finalmente, afirma, se lleva la victoria y la promesa de la banda de guerrilleros de defenderlo con su vida.

En las notas de Chamberlain se advierte una extraña y casi fraternal relación entre prostitutas, guerrilleros locales y soldados estadounidenses, que en ocasiones coincidían en esta

<sup>2</sup> En el texto original, está escrito Martí Martiznes; por lo obvio del error ortográfico se corrigió, así como otros nombres de personas y lugares, con el fin de darle más fluidez al relato.

taberna. Este tipo de convivencia fue, al parecer, el contacto más directo que los invasores tuvieron con la gente de la región.

Continuando con su relato, menciona que un día después de su pelea contra el Tuerto, fue ascendido a cabo por sus méritos militares y festejó su promoción invitando a sus compañeros a una "gran cena" en esa misma taberna. Pero que poco después fue degradado tras un altercado con el mayor Sherman. La historia fue así: este "oficial excéntrico, débil y tiránico" ordenó a Chamberlain enviar unos hombres a arrestar a un tal John Dougherty, que vendía licor a los soldados. Este irlandés había sido despedido de los voluntarios de Illinois por incapacidad a consecuencia de unas heridas recibidas en la batalla de la Angostura y con su indemnización compró una provisión de alcohol para venderla a los soldados.

Con ironía, el autor relata como "el Gran Inquisidor Sherman" hizo que se atara al acusado a un árbol, y que fuera Chamberlain quien ordenara a uno de sus hombres que lo azotara con 50 latigazos para hacerlo confesar su crimen. Su negativa a cumplir tal crueldad enfureció al mayor, que entre un torrente de maldiciones ordenó que Chamberlain fuera atado y amordazado con una estaca en la boca, (de las que se usaban para fijar las tiendas de campaña), "causándome un dolor intenso". Sherman luego ordenó a seis hombres más a realizar el castigo, pero rehusaron uno tras otro, "¡hasta que seis miembros de la guardia estaban atados junto con él, a un

poste de los que se utilizan para elevar las tiendas de campaña!" Sin embargo, el séptimo hombre obedeció la orden y llevó a cabo la cruel tortura del irlandés. Después de sufrir los 50 azotes, la víctima, con su carne colgando en trizas y casi muerto, fue bajado del árbol y llevado a San Nicolás por los dragones, que "lo dejaron al cuidado del buen cura Gonzalo". Entre tanto, Chamberlain y sus compañeros en el poste tuvieron que permanecer allí dos horas más: "la mordaza me abrió la boca al máximo, causándome un dolor violento en las quijadas, mientras me afligía un dolor de cabeza punzante. Sentía que no podía soportarlo mucho más, que pronto mi horrible sufrimiento me volvería loco".

Este episodio culminó con la aparición de Chamberlain ante un tribunal de guerra y un castigo de trabajo forzado de 12 meses "con una bola de 6 kilos sujeta por una cadena de 3 metros a la pierna izquierda" que, sin embargo, para su fortuna resultó en sólo dos semanas de trabajos ligeros.

Tiempo después Chamberlain obtuvo un pase para visitar Monterrey, hecho que aprovechó el mayor Daniel N. Rucker, comandante del campamento, para encargarle le hiciera un dibujo de Monterrey visto desde el Obispado. En este dibujo que tituló "La pintura que costó una vida", y que después entregó a Rucker, por poco le cuesta la vida al propio Chamberlain ya que al poco tiempo de estar dibujando se le aproximaron dos vagabundos, quienes le saludaron, y uno de ellos acercándose amablemente le ofreció un cigarrillo de hoja de maíz. Pero de

repente, levantó su sarape y sacó un cuchillo con el cual lo amagó. Según Chamberlain estaba preparado para cualquier sorpresa, y apuntó su pistola a la cabeza del sujeto, que huyó: "sabiendo cómo los léperos de la región dispondrían de un herético, el llevar ropa militar norteamericana me obligaba a tener mi revólver bajo mi cuaderno mientras dibujaba." Entre tanto, el otro sujeto cortó la correa del caballo de Chamberlain, "Lucifer", lo montó y se fue a toda velocidad. Chamberlain le disparó, y el ladrón, con gemidos y una bala en el cuello, cayó del caballo, que fue detenido más adelante por dos dragones y regresado a su dueño. Al subir la loma de nuevo, montado sobre Lucifer, Chamberlain encontró al ladrón casi muerto: "sus grandes ojos, parecidos a los de un buey, elocuentemente me reprochaban por su muerte". Confiesa que por un momento, lamentó el hecho y se sintió un poco culpable, pero justificándose consideró que si los mexicanos robaban caballos, debían sufrir las consecuencias.

Otra sorpresa más le esperaba ese día: unas horas antes, cuando del campamento se dirigía a Monterrey, el teniente Wilson, un oficial egresado de la Academia Militar de West Point, le había encargado recoger un paquete en la Casa Americana [oficina de correo] y llevarlo de inmediato al campamento. Chamberlain, a quien le molestó la actitud altanera del oficial y que además quería disfrutar de su día libre, hizo caso omiso y no regresó hasta que caducó el pase que le habían otorgado. Esta falta resultó en otro juicio en su contra ante un tribunal militar, aunque esta vez fue absuelto.

No contento con el resultado del juicio, Wilson se propuso hostigarlo: en una ocasión lo reprendió por no cuidar bien a su caballo. Según Chamberlain, la llamada de atención era injustificada ya que en esta ocasión Lucifer lucía "como una bota bien pulida". Durante el altercado Wilson empleó duras palabras en su contra, llamándole "hijo de perra" y el ofendido replicó con otro insulto similar para la madre del oficial. Por esto fue castigado siendo colgado de un árbol por los dedos pulgar y por consecuencia tuvo que ser internado 10 días en el hospital. Después de estos hechos, la mente de Chamberlain no dejó de maquinarse la forma de vengarse del oficial; sin embargo, el destino depararía otra cosa.

Cierto día fue enviado por maíz a Pesquería Grande [hoy el municipio de García], formando parte de un destacamento de 20 dragones bajo el mando del teniente Wilson. De regreso, pasando por un plantío de maguey, "la atención del teniente fue desviada a la puerta de un jacal donde estaba sentada una morena de ojos pícaros". El susceptible Wilson "con el brazo alrededor de la breve cintura de la sonriente señorita, entró a la choza" después de indicar a la tropa que siguiera avanzando un tramo más. Un poco más tarde, Chamberlain escuchó un ruido proveniente por la dirección del Valle de Salinas. Convencido de que se trataba de guerrilleros, fue a avisarle a Wilson acerca del peligro. El oportuno aviso salvó la vida de Wilson y los dos pudieron escapar de los guerrilleros, quienes formaban parte de

la banda de Antonio Canales <sup>4</sup> que iba a alguna desconocida expedición a Saltillo; la banda había notificado con anterioridad a Pesquería Grande que “tuviera raciones para 400 hombres”. Al llegar éstos, algunos de los hombres del lugar acusaron a la mujer de avisarle al oficial estadounidense de su peligro y de ayudarlo a escapar. Como castigo los guerrilleros la violaron “durante horas”, luego le cortaron las orejas. Al siguiente día, el destacamento con el maíz regresó al campamento; la mujer herida que había logrado escapar y ser auxiliada por los dragones, fue transportada sentada encima de los costales de grano en uno de los vagones. Posteriormente fue llevada a la taberna regenteada por las Victorine. El teniente Wilson, agradecido por la actitud valiente de Chamberlain, pidió al mayor Rucker que se le restituyera como cabo, y de allí en adelante Wilson siempre le mostró mucha amabilidad.

Feliz por el resultado de los acontecimientos, Chamberlain ofreció una cena en la taberna de las Victorine para celebrar su re-ascenso como cabo. Después de algunas horas de compartir con sus camaradas y sintiéndose ebrio, salió de la fiesta por un

<sup>4</sup> Antonio Canales Rosillo, fue un personaje muy apreciado por las gentes de Nuevo León y Tamaulipas, territorios que había recorrido tramo a tramo durante su agitada actividad militar desde 1839. Ya fuera en revueltas políticas, incursiones contra los indios hostiles o en conflictos fronterizos, Canales siempre se destacó por su astucia y conocimiento del terreno que pisaba, experiencia que ahora aplicaba para atacar a los invasores.

poco de aire. Deambuló por un tiempo sin rumbo fijo hasta que unos destemplados gritos provenientes de un jacal llamaron su atención. Al asomarse por encima de la cerca del patio, vio a un hombre que estaba a punto de azotar con un fuste a una mujer desnuda. Reconoció al hombre como el Tuerto; por lo que éste decía, dedujo que la mujer era su esposa, y que iba a ser castigada por huir de él, el mismo día de la su boda. Chamberlain intervino en defensa de la mujer, apuntando el cañón de su revólver directamente al único ojo del Tuerto, quien salió corriendo del lugar.

La muchacha, quien aún no cumplía los 14 años, dijo llamarse Carmelita Moore, hija de un irlandés y una mujer española. Su padre había muerto endeudado, por lo que ella y su madre fueron obligadas a servir como peones con el Tuerto. Con amenazas y crueles tratos, su madre la había obligado a casarse con él, y la boda había tenido lugar el día anterior. Conmovero por el trágico relato de la joven, por la mente de Chamberlain cruzó momentáneamente un sentimiento fraternal, pero la hermosa visión del cuerpo desnudo de Carmelita cambió su noble propósito: “se me ocurrió adoptarla como hermana, pero ¡ay de mí!, el hombre propone y Dios dispone; una relación platónica entre un salvaje dragón aún adolescente y una joven y apasionada hija de México: imposible”.

Decidido a ser el protector de aquella desamparada criatura, la llevó a una arboleda cerca del Bosque de Santo Domingo, en tanto él buscaba la manera de que ella fuera aceptada en el

campamento para estar juntos los dos, cosa que consiguió sin mucha dificultad. La suerte le siguió favoreciendo, ya que pronto consiguió se le asignara a la guarnición en Monterrey donde vivió un idilio de seis semanas con Carmelita. Según él, esto no era nada fuera de lo común, ya que todos los estadounidenses acuartelados en la ciudad cohabitaban con alguna "señorita bonita". Ya establecido, aprovechó las comodidades y diversiones que la ciudad ofrecía, y al parecer con bastante suerte ya que ganó 1,760 dólares en un juego de azar y se pudieron dar el lujo de vivir muy bien: "compramos lo mejor que ofrecía el mercado de Monterrey; mi amada lucía ropa de la seda más fina, su rebozo fue reemplazado con una mantilla y se puso medias por primera vez".

Su estancia en la ciudad se vio frustrada al ser enviado de nuevo al campamento. Chamberlain, persistiendo en su feliz propósito, consiguió un trabajo de lavandera para su amante; esto le permitía a ella permanecer en el campamento y estar junto a su amado. Allí también la pasaron bien; a pesar de los gastos que representaba Carmelita, Chamberlain tenía más de 2 mil dólares ahorrados. Pero el destino trágico nunca olvida a sus hijos favoritos y después de tres meses de este "paraíso", llegó al campamento el jefe de la policía militar acompañado por el Tuerto con una orden que obligaba, al hasta ese momento afortunado caballero, a entregar a su protegida. Chamberlain se rehusó con firmeza y hasta con violencia, argumentando en su favor que el Tuerto era un guerrillero de la banda de Martínez y que Carmelita había sido obligada a casarse con el rufián. Pero sus protestas fueron en vano, la

orden firmada por el Gral. Wool era definitiva. Finalmente la manzana de esta discordia fue entregada a su legítimo dueño; ella se despidió de su protector con estas angustiosas palabras: "¡Adiós, marido mío! ¡Adiós, rey de mi alma! ¡Ven pronto por mí, mi cielo!".

Contra su voluntad Chamberlain fue escoltado a su tienda de campaña por un guardia. La orden era retenerlo el tiempo suficiente mientras se alejaban los reclamantes. La orden se cumplió a medias, ya que la complicidad de su guardián le permitió huir en busca de la mujer amada. Buscó a Carmelita en los alrededores del campamento durante cinco días. El Padre Martínez le informó que el Tuerto lo había dejado para unirse a la banda de Canales. Unos días después, le informó que el Tuerto había llevado a la infortunada Carmelita a un alejado rancho donde fue violada por toda la banda y luego asesinada a machetazos. Los versos con los cuales finaliza este capítulo del libro dan a entender que estaba embarazada cuando murió.

Chamberlain fue degradado de nuevo por ausentarse sin permiso. Pero la situación imperante en la región le permitió la oportunidad de seguir buscando al Tuerto para vengar la muerte de Carmelita. Antonio Canales, a quien Chamberlain se refiere como "El Zorro", constantemente atacaba las líneas de comunicación estadounidenses. Por lo que con frecuencia los Rangers de Texas salían a buscarlo, pero aunque asesinaron a muchos de la banda de Canales, a este jefe guerrillero jamás



lograron atrapar. Chamberlain menciona que en los muchos cruentos combates con los guerrilleros, el número total de bajas fue mayor que en muchas de las batallas de la guerra, pero que ningún reporte de ellas fue publicado.<sup>5</sup>

Cierta día un destacamento de dragones fue requerido para unirse a la búsqueda y Chamberlain fue uno de los primeros en ofrecer sus servicios. Salieron del Bosque de Santo Domingo antes del amanecer un día de octubre de 1847. Siguieron por el camino a Camargo y por la mañana llegaron a la hacienda de San Francisco, que estaba en ruinas. Ahí encontraron a don Pedro Gálvez, alcalde de San Nicolás, quien según Chamberlain, tenía nexos con los guerrilleros, y buscó hablar con él a solas. Después de salir de la hacienda para reunirse con sus compañeros, señala que "aves de carroña daban vueltas arriba del lugar donde nos despedimos, y los gruñidos de los coyotes se oían claramente cuando se juntaron para desayunar los restos de un alcalde vil y traicionero".

<sup>5</sup> Entre las guerrillas más activas en la región, se encontraban las que comandaban Ramón Falcón, Norberto Galán, Cristóbal Ramírez, Francisco Treviño y Jorge Lara, casi todos reconociendo la autoridad del Coronel Antonio Canales.

El cuarto día de la excursión, encontraron una hacienda ocupada por guerrilleros. Los estadounidenses lograron entrar a la guarida utilizando un arado como ariete para derribar la puerta. Tomaron posesión del lugar con la pérdida de dos hombres y cinco lesionados; de los guerrilleros -anota- nueve murieron y los 17 restantes fueron tomados prisioneros, mucho de ellos heridos: "ya por la tarde, nuestros caballos y heridos fueron llevados dentro de la casa, los portones fueron cerrados y nos pusimos a trabajar para pasar una noche comfortable." Después de la cena, los prisioneros fueron llevados ante el teniente Abe Buford, quien les preguntó acerca de la guarida de Canales y Chamberlain les preguntó sobre el Tuerto. Pero a todas las preguntas sólo respondían: "¿quién sabe?". Minutos después del interrogatorio un Ranger texano asesinó con saña a un hombre llamado Manuel, quien había sido guía de los estadounidenses antes de unirse a los guerrilleros; ante esto, los prisioneros arremetieron contra los norteamericanos, en un inútil intento de cambiar la suerte que sabían les esperaba. "Todos los prisioneros se nos arrojaron lanzando gritos terribles, muchos empuñando cuchillos que habían ocultado e infligiendo heridas serias antes que nuestros hombres pudieran reaccionar. Pero pronto todo acabó; cuando la breve y salvaje pelea terminó, no quedaba un solo *grasoso* vivo." En esta pelea, Chamberlain no participó, ya que en ese momento sostenía una antorcha para iluminar la tortura de Manuel. A pesar de la escalofriante escena, confiesa que solo lamentó que el Tuerto no hubiera estado allí. Después de este enfrentamiento, continuaron unos días más la expedición y al no encontrar a Canales ni al Tuerto,

las tropas regresaron al campamento para continuar con sus ocupaciones habituales "con tareas ligeras y algunos ejercicios".

Sobreponiéndose, aunque sin olvidar su frustrado romance, Chamberlain continuó con su vida azarosa. Sus vivencias en Monterrey se prolongan más allá del 2 de febrero de 1848, día en que se celebró el Tratado de Paz y Amistad, firmado por México y los Estados Unidos en la Villa de Guadalupe Hidalgo, México.<sup>3</sup> A pesar del armisticio acordado en dicho tratado, los guerrilleros que operaban en la región seguían hostigando a las tropas estadounidenses y como consecuencia de las represalias de estas últimas, las leyes seguían siendo letra muda en Monterrey.

<sup>3</sup> Los términos en este tratado no eran definitivos, fue hasta el 24 de mayo de 1848 cuando el Congreso Mexicano aprobó el Tratado de Paz con enmiendas acordadas por ambas comisiones, lográndose con esto la suspensión definitiva de hostilidades entre los dos países. En él se reconocía al Río Bravo como límite meridional de Texas; México cedía a los Estados Unidos los territorios de Nuevo México, Arizona y Alta California y el gobierno estadounidense pagó quince millones de pesos por los territorios cedidos.

A este respecto, Chamberlain, que estuvo en un destacamento que se dirigía a Monterrey proveniente de Cerralvo, relata que el día 4 de junio de 1848, pasando al medio día por Marín y al acercarse al río que pasa por Agua Fría, "dos hombres de la avanzada sostuvieron un tiroteo con unos jinetes a quienes encontraron por el camino; con la seguridad de que eran guerrilleros, regresaron rápidamente para alertar al destacamento." Los estadounidenses enfrentaron a los guerrilleros y aunque breve esta primera escaramuza, el encuentro fue sangriento con sensibles bajas para ambos bandos. En el enfrentamiento, Chamberlain perdió su caballo, Lucifer. Cinco estadounidenses perecieron, 10 resultaron heridos y 15 caballos murieron o fueron heridos. Después de estos hechos los guerrilleros se pusieron fuera del alcance del fuego de los estadounidenses y posicionados sobre el camino, impidieron el avance del destacamento. Pero uno de los hombres heridos, un alemán de apellido Nockin, logró esquivar a los guerrilleros y cabalgó al campamento de Santo Domingo para pedir ayuda. Mientras tanto, los estadounidenses elaboraron una barricada circular con los caballos muertos, reforzada con tierra y cactus, excavaron una trinchera dentro de ésta y por fuera formaron un círculo de correas y lazos atados a los arbustos. Los estadounidenses lograron aguantar la embestida de la guerrilla hasta la llegada de 200 dragones quienes finalmente la dispersaron. Las pérdidas estadounidenses en total fueron siete muertos, 12 heridos y 17 caballos muertos, el resto tan malheridos que tuvieron que ser sacrificados a tiros. De los mexicanos, hubo 29 muertos, entre ellos el jefe guerrillero Martín Martínez.

Al día siguiente fueron juzgados por el Gral. Wool, 22 prisioneros capturados por haber participado en este hecho, pero influyentes personajes de Monterrey y San Nicolás testificaron que eran rancheros honestos, y que iban en paz a una fiesta a Salinas cuando fueron atacados por los estadounidenses y que ellos sólo se defendieron; ante estos argumentos fueron liberados. Apenas habían salido del campamento, cuando todos, incluyendo al alcalde de San Nicolás, fueron asesinados por los dragones y Rangers que escondidos en el monte los esperaban para matarlos. Según Chamberlain, éste fue el último enfrentamiento con la guerrilla.

Fue en los primeros días de junio de 1848 cuando las tropas estadounidenses en Monterrey recibieron la orden de prepararse para marchar a su país, y lo que fue alegría para muchos fue tragedia para otros. Durante casi dos años que permanecieron en la región, se crearon entre los estadounidenses y la población profundos rencores, pero ninguno tan cruel como el que se manifestó contra las "yanqueadas", palabra con la que se identificaba a las mujeres que habían cohabitado con soldados invasores: "ahora que sus protectores salían del país, sufrieron terribles ultrajes a manos de la soldadesca mexicana cuando ésta regresó y también de los guerrilleros; fueron violadas, sus orejas cortadas, fueron marcadas a fuego con las letras U.S. y en algunos casos empaladas."

Al salir las tropas del campamento, asegura Chamberlain que muchas mexicanas fueron a despedirlos: "durante la guerra, muchas de las mujeres del país habían sido buenas amigas de los gringos, y muchas veces estuvimos en deuda con ellas por información valiosa concerniente los movimientos del enemigo, sus propios paisanos." Y agrega que muchas admiraban a los "bárbaros del norte", no solamente las mujeres ricas de sangre española, sino también "las poblanas y margaritas de los ranchos." Al día siguiente de su salida del campamento y estando en Marín, a los dragones se les ordenó regresar al Bosque de Santo Domingo para prepararse para una expedición a California. Debido a esto algunos de los dragones desertaron antes de que llegar al campamento, ya que la mayoría se sentían insatisfechos por esta orden. Pero según Chamberlain, él estaba contento: "habría aventuras, conocería otros lugares, y tomé la decisión de ir aún si debía re-enlistarme para ello. Llegamos a nuestro viejo campamento, para el regocijo de las 'yanqueadas' de San Nicolás."

La salida definitiva de las tropas estadounidenses del Bosque de Santo Domingo, a decir de Chamberlain, fue el 18 de julio de 1848, y describe la alegre procesión de las tropas hacia Monterrey: "la mañana era deliciosa, pájaros de alegre plumaje llenaban la arboleda, en el aire se esparcía la fragancia de los naranjos y los granados; toda la naturaleza parecía estar de fiesta como si celebrara la salida de los últimos invasores de México. Los clarines ordenaron con sonido recio y claro: 'a los caballos', y la más gallarda columna de tropas de los Estados Unidos que jamás hubiera sido vista abandonó el bosque y siguió su

sinuoso camino hacia Monterrey. Todos los oficiales al mando vestían sacos de franela roja brillante y sombreros de fieltro negro y alas anchas; esto, añadido a sus cinturones blancos, sus armas pulidas, sus vistosas banderas y sus mujeres que galopaban inquietas a nuestros flancos, produjo un efecto rara vez visto en la aburrida rutina del servicio al Tío Sam”.

Unas horas después, acamparon para reagruparse en los Molinos de Jesús María y de ahí partieron a Parras, Coahuila, Chihuahua y luego a California.

Finalmente y como una acotación más sobre la cotidianidad del ejército estadounidense, Chamberlain menciona un curioso incidente, ocurrido en los Molinos de Jesús María, donde una mujer estadounidense llamada Sara Borginis solicitó al teniente coronel John Washington, comandante de la expedición a California, se le permitiera viajar con ellos. Cuando Washington le informó que se le permitiría sólo si estuviera casada con uno de los dragones que componían la expedición, la desinhibida Sara, no viendo un problema en esto y parándose frente a los jinetes, preguntó: “¿quién quiere una mujer con quince mil dólares y con las mejores piernas en todo México?. Vamos chicos guapos, ¡no hablen todos al mismo tiempo! ¿Quién es el afortunado?”

Después de unos minutos de reflexionar sobre la pobre moral de la que gozaba la mujer, el soldado Davis de la compañía E dijo: “no tengo objeción en hacerte mi esposa, si hay aquí un

ministro religioso que anude el lazo.” Divertida por la respuesta y haciendo gala de ingenio, Sara le respondió: “lleva tu cobija a mi tienda esta noche y te enseñaré a hacer un nudo que te dejará satisfecho, te doy mi palabra.”

Chamberlain, espectador de este singular hecho, concluye, “tal era la moral del ejército norteamericano en México.”

Con esto Chamberlain termina el relato de sus incidencias en Monterrey, y que al leerlas nos acercan a las emociones que hicieron latir con angustia el corazón de nuestra gente en aquellos días.





# UANA



Hacienda San Pedro, Zuazua, N.L.

**Abril de 2001.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA